

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUSVIELA

EL SIGLO

Rectificación que confirma

Al ver la dureza con que el estimado colega de *La Epoca* juzgaba y calificaba el hecho de haberse gastado por la Direccion de Instruccion Pública 36 mil y pico de pesos mas de la cantidad que le estaba asignada en el presupuesto, manifestamos la sospecha de que el verdadero motivo de ese lujo de severidad fuese el deseo de impedir si era posible la reposicion del señor don Jacobo A. Varela en el cargo de Inspector Nacional de Instruccion Primaria.

No le ha sentado bien al colega nuestra sospecha; y en su número de esta mañana trata de demostrar que era infundada.—Pero *La Epoca* incurre en una equivocacion al suponer que nosotros habíamos dado á entender que su deseo de que no repusiesen al señor Varela nacia de enemistad ó de antipatia personal al mismo.

Así es que partiendo de ese equivocado concepto pone empeño en hacer ver que estima al señor Varela, y que precisamente por eso si se hubiera encontrado en el caso del Ministro de Instruccion Pública, habria sido enérgico hasta el exceso, á fin de no reponer incontinenti en su puesto al que acababa de infringir la ley.—Añade el colega que esto, que habria hecho sin consideracion al amigo, es lo mismo que ha opinado desde el puesto de periodista.

No puede de ser una confirmacion mas terminante de que la sospecha que nosotros manifestamos era fundada. Según *La Epoca*, la reposicion del señor Varela, con arreglo á la ley es un precedente funesto.—Mañana dice, no podrá el Poder Ejecutivo ser enérgico con sus demás subalternos, á título de que siendo honrados pueden transgredir las leyes.

Perdónenos el ilustrado colega, pero nos parece que exagera mucho la significacion y las consecuencias de la reposicion del antiguo Inspector Nacional.—La respuesta á sus argumentos está en los considerandos que preceden á la parte dispositiva del decreto expedido con fecha 8 del actual nombrando Inspector Nacional á don Jacobo A. Varela.—Se recordará sin duda que cuando el señor Varela presentó su renuncia, resolvió el Gobierno proceder á ciertas investigaciones. Pues ahora declara el Gobierno que el resultado de ellas no daña ni menoscaba la honorabilidad y buen nombre del funcionario público; y que aunque parecen comprobadas las transgresiones de leyes y reglamentos vigentes, en que se ha incurrido obediendo á móviles mas ó menos plausibles y escusables, sin duda, aquellas transgresiones no inhabilitan al ciudadano de recta intencion para prestar servicios á la causa de la enseñanza.

Quiere decir pues que no se autoriza la doctrina de que un funcionario, con tal que sea personalmente honrado, puede infringir las leyes.—Lo que ha hecho el Gobierno es declarar que en el caso presente y teniendo en cuenta todas las circunstancias que han mediado, considera que el señor Varela no ha quedado inhabilitado para servir la causa de la enseñanza.

Tal vez en otro país en que abundasen mas los hombres competentes y preparados para ejercer el cargo de Inspector Nacional de Instruccion, hubiera sido preferible nombrar un nuevo Inspector; pero no nos atrevemos á afirmar que en la República haya otras personas que reúna mejores condiciones para dicho puesto.

Además faltaríamos á nuestra habitual franqueza si disimulásemos que una de las condiciones que á nuestros ojos recomendamos mas al señor Varela es el ser público y notorio que profesa principios liberales, iguales ó semejantes á los que profesaba su hermano el malogrado autor de la reforma escolar.—Por lo mismo que el señor Ministro doctor Berindague se inclina según se asegura á las doctrinas del partido católico clerical, es mas digno de alabanza por haberse sobrepuesto á las sugestiones que no habrán dejado de practicarse para procurar que el cargo de Inspector Nacional se confiase á una persona que preparase un cambio radical en las bases del sistema escolar.—En este sentido aplaudimos el nombramiento del señor don Jacobo A. Varela y lo consideramos como una prueba de tacto y prudencia de parte del doctor Berindague.

Bajo el fuego

PERIPECIAS DE UN REPORTER

El comandante de los bomberos de Christiania me dijo:

—Si quisiera ver mis hombres en el trabajo, venid mañana antes de las doce, sin haceros anunciar, pues quiero daros una representación sin ningún preparativo, de improviso, como si el fuego acabase de estallar verdaderamente en un punto cualquiera de la ciudad.

Un día, pues, sorprendí al comandante en su oficina; el puesto estaba tranquilo; los caballos comían en su lecho de campaña; el centinela con su hacha al hombro bostezaba el sol.

—Tocad ese boton de mi escritorio, dijo el comandante, y consultad al reloj.

El campanilleo eléctrico despertó en seguida á todos los bomberos; todo estuvo pronto en un instante; parecia aquello un cuento de hadas. Apenas habian transcurrido dos minutos, cuando ya la primera bomba habia partido; despues un break con los hombres, y en seguida la escala de salvataje; detrás, inmediatamente, la bomba á vapor ya pronta y rugiendo.

Todavía no habia vuelto de mi sorpresa cuando dos bomberos me tomaron como un paquete y me pusieron en el carruaje del comandante el cual saltó en seguida; y un cochero en el pescante castigó los renos y partimos al gran galope. Detrás de nosotros venian otras bombas á escape, si hubiésemos tenido algun obstáculo por delante, con el impulso nos hubiésemos roto la crisma en las piedras. El comandante se divertia mucho con mi inquietud y decia «Tened confianza!» pero yo, lo juro, tenia miedo y habia porque tenerlo.

Era medio día y los pilluelos que salian de las escuelas, corrían en medio de los vehículos, con peligro de ser aplastados, y gritando: «¡fuego! fuego!» En todas las ventanas se veían caras asustadas; las campanas de la primera bomba daba al convoy la señal de alineamiento resonando lúgubremente; de tiempo en tiempo hallábamos un fiacre que de un impulso se plantaba en la vereda, inútil es decir, que toda la ciudad estaba alarmada.

Doblábamos las esquinas con tal rapidez, que pasábamos por sobre los ángulos de las veredas levantándonos el choque de nuestros asientos, á los que me agarraba con toda la energía de un hombre que no ha sido criado entre bomberos.

Llegamos, al triple galope de los cuadrúpedos, á la plaza del mercado que ya estaba llena de gente. La campana sonaba siempre y los curiosos se arreglaban como podían. Nuestros vehículos llevaban todo por delante, y volteaban los canastos y estantes; nunca he visto como entonces tal lluvia de zanahorias y nabos.

Detrás de la última bomba nos seguia penosamente un fiacre. Un hombre joven parado en él, hacia ademanes enérgicos; combinaba al cochero para que apresurase la marcha.

Este joven era el reporter del primer diario de la ciudad que fiel á su deber, corría hacia el lugar del siniestro.

No puede imaginarse lo que fué esta carrera loca, desesperada á través de Christiania alarmada. El comandante me decia siempre: «No temais nada!» y sin embargo yo tenia un miedo azul que me esforzaba en ocultar con una semi sonrisa que debía darme un aire grotesco, estoy seguro de ello.

En fin, llegamos al campo de maniobras, en el que se levantaba la armazon de una casa de cuatro pisos; la escalera ya estaba en su puesto.

Ya los primeros bomberos con el tubo de las bombas colgado á la cintura, saltaban de piso en piso, á lo largo de las escalas de gárfos fijadas en los marcos de las ventanas; los socorros estaban ya organizados; la larga escala de salvataje pronta; y los bomberos saltaban por ella llevando los largos tubos de lona por los que deslizarían hasta la calle las personas en peligro. Aquello era admirable de rapidez y precisión. El comandante tranquilo, como un capitán en el campo de batalla, dirigía las maniobras.

Cinco ó seis bomberos que parecían en peligro, se precipitaron en el tubo de salvataje y en un segundo estuvieron en la calle.

—Subamos al techo me dijo el comandante

—Por las escalas, le respondí, jamás!

—No, por la escalera.

—Pero si es prisa del fuego... me aventuré á decir para librarme.

—Si es prisa del fuego como simulacro y para los bomberos, pero no para nosotros... venid.

Y, hémos aquí sobre el techo. Las bombas lanzaban allí torrentes de agua; pero sobre todo aquella maldita bomba á vapor que en menos de un segundo me puso como un gato al que se arroja al río; estaba con el agua hasta las pantorrillas, y mis botas de charol no ofrecían ningún obstáculo á la inundación: estaba literalmente sumergido y lo que me consolaba algo es que el comandante estaba lo mismo. Los bomberos subían por las escalas y bajaban por el tubo; aquello era vertiginoso.

Sin embargo, comenzaba á temer ya bastante, levanté el cuello de abrigo, pues tiraba en el agua fría que me invadía cada vez mas y me dirigí á la escalera.

—Descendí por el tubo de salvamento, me dijo el comandante por hacerme hasta el último de los honores.

—Jamás! grité, si estuviese en peligro no haría, pero por mi gusto, ahí nó y nó!

—Pero si eso es mucho mas cómodo que la escalera, dijo el comandante, y sacándose su

túnica se metió en el conducto deslizándose hasta calle, despues me gritó:

—Ensayad pues, si es mas bien una sensacion agradable!

—Hourrah por el francés! gritaron los bomberos.

Qué hacer! Aquellas gentes me pisaban el amor propio que hace cometer tantas barbaridades. Ya no me pertenecía. Que dirían si renunciara? pensé; contarán á sus hijos y á sus nietos que un parisiense ha tenido miedo de descender de una altura de cuatro pisos por el conducto de salvamento.

Doz bomberos que habian quedado conmigo, se sonreían burlonamente, y abajo, al lado del comandante, apercibi al maldito reporter con su cuaderno en la mano, pronto á anotar mi audacia ó desfallecimiento para solaz de sus lectores. Al día siguiente sabia toda Noruega que yo era un cobarde. Imposible jugarle *calembourg* en esta ocasion; no lo habrían entendido. Que situacion, Dios mío!

Todas estas reflexiones se sucedieron en mi cerebro en menos de un segundo; voy á hacer una barbaridad rompiéndome el cráneo en el empujamiento, (pensaba con melancolia) pero, es necesario. Me quité la túnica que arroje á la calle y recomendándome al recuerdo de mis amigos, con lo que creía mi último pensamiento, me metí en el tubo de salvamento como un hombre cansado de vivir.

La bajada fué menos rápida de lo que habian creído. Como estaba inundado por el agua, me pegaba á cada rato á la tela del tubo y era necesario sacudir éste para facilitar el descenso. En fin, salí sano y salvo entre los ocho brazos de los cuatro bomberos que sostenían el tubo á un metro del suelo para impedir que me deshiciera el cráneo contra las piedras.

Entonces aquello fué una escena delirante. Los bomberos se alinearon en batalla y me presentaron sus armas, es decir, sus hechos; llevé mi mano al sombrero y contesté con un saludo militar que me esforcé en hacer majestuoso. El reporter anotaba todo con un celo que me hacia presajiar grandes destinos para el periodismo de aquel país.

Subí con el comandante á su carruaje que estaba lleno de agua, de manera que complementando la pequeña fiesta, tomé un baño de asiento al regresar al cuartel.

El amable comandante queria hacerme regresar al hotel en su victoria, verdadero ambulante, frío, aún más... helado!

Me entrada al hotel fué cómica, el agua destilaba de mí como de un caño de tejado en día de lluvia. A medida que subia hacia mi cuarto, se formaba detrás una cascada que, saliendo de mis ropas, saltaba de escalon en escalon hasta la calle.

Al día siguiente—todavía estaba húmedo—recibí la visita del bravo comandante, el mas servicial y mejor intencionado de los hombres y que además es un distinguido ingeniero.

A su pregunta de si me habia divertido la viéspora: «Sí, le contesté, y la verdad es que aquel incidente es uno de los recuerdos mas curiosos de mis viajes.»

Ahora pregunto ¿qué hubiese sucedido en Parí, si el jefe de bomberos hubiese alarmado toda la ciudad por un *touriste*? No solamente caería el jefe sino toda la administracion de arriba abajo, la crisis se declararía y lloverían las interpelaciones.

Quizá se tuviese razon. Pero en los países del norte la hospitalidad es tan ámplia y sincera, que ningún periodista quisquilloso ha pedido cuenta al comandante de bomberos por haber conmovido toda la ciudad por agradar á un viajero parisiense.

Quien sabe si con un poco de ambicion no sería actualmente jefe de bomberos en Christiania, y me codearía con las principales autoridades!

Pero no me gustan honores oficiales y me conformo con subir á un cuarto piso por un ascensor y bajar por la escalera, sin envidiar el feliz destino de los que suben saltando por una larga escala y descienden por un tubo de salvamento.

Alberto Wolff.

HECHOS Y RUMORES

Guardia nacional—Buenos Aires, 9.—Puede aceptarse como aproximado el cálculo que estimamos en 400,000 el número de guardias nacionales con que cuenta en el día la República.

Este cálculo se basa en el total que arrojó el enrolamiento de 1885, últimos datos que se poseen al respecto que todavía no se tienen los que corresponden hasta el 30 de Junio último.

En la capital federal, las catorce provincias, y tres de los nuevos territorios administrados por gobernadores militares, excepto uno solo, los registros de inscripcion arrojaban en el año mencionado un total de 348,631.

Veamos en qué proporción la capital, 19,767; la provincia de Buenos Aires, 76,426; Córdoba, 49,208; Santiago del Estero, 20,303; Santa Fé, 20,000; Tucuman, 26,504; Catamarca, 12,400; Rioja, 9,120; Salta, 23,660; Jujuy, 7,277; San Luis, 10,617; Entre Rios, 23,306; Corrientes, 21,734; Mendoza, 14,000; San Juan, 10,601; territorio del Chaco, 2,172; de Formosa, 312; de la Pampa central, 1,224.

«Tenemos que en la capital de la República, donde la poblacion aumenta de un modo que burla toda prevision, la diferencia es de 3,000 entre la cifra del 85 y la del 30 de Junio último, según los datos transmitidos por los 13 jefes de los regimientos que corresponden al municipio; de modo que quedan 46,000 guardias nacionales para compensar los nuevos enrolados en las provincias, y los que puedan existir en los territorios del Neuquen, Misiones, Rio Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra de Fuego—los cuales no figuran en la estadística oficial—para completar el cálculo de los 400,000.

Crecientes—(Telegramas de hoy)—Grandes crecientes en San Carlos, Maldonado, Tapes, Gutierrez y Artigas.

Desbordado el rio Yaguaron.

Oro, plata y cobre—Buenos Aires, 9.

Datos de carácter oficial nos permiten consignar la siguiente estadística de las piezas acuñadas en la casa de moneda desde su fundacion á la fecha:

Oro: 4.363.574 argentinas, que representan un valor de 21.817.870 pesos; 430 medio argentinos, que importan 1075. Total 21.818.945.

Plata: 9.353.380 piezas de un peso y de las fraccionarias de 50, 20 y 10 centésimos, igual á 2.805.839,60 pesos.

Cobre: 11.139.502 piezas de dos centésimos y 7.536.735 de uno, equivalentes á 238.457,39 pesos.

Resulta así un total general de 32.423.621 piezas, cuyo valor asciende, en conjunto, á 24.932.241,99 pesos.

De todas estas especies acuñadas puede decirse que solo una gran parte del cobre anda en circulacion.

El resto debe estar guardado, salvo pequeñas cantidades, en las cajas del Banco nacional adonde se han ido mandando en calidad de depósito á premio.

El presupuesto de 1889—Buenos Aires, 9.—Se está imprimiendo para ser repartido entre los miembros de la Cámara de Diputados, el despacho de la comision respectiva, que introduce algunas modificaciones en el proyecto de presupuesto para el año entrante, presentado por el P. E.

He aquí como se distribuyen los gastos autorizados por el proyecto de la comision:

	Presupuesto actual	Aumentos	Proyecto de presupuesto
Interior. . .	12.613.021 20	1.955.004 00	14.568.025 20
R. Exteriores. . .	1.269.138 00	150 075 00	1.419.213 00
Hacienda. . .	12.233.330 72	5.383.408 36	17.616.739 08
C. J. e. L. P. . .	7.531.101 68	438.126 00	7.969.227 68
Guerra. . .	7.505.228 84	97.489 80	7.602.718 64
Marina. . .	2.769.254 16	113.813 24	2.883.067 40
	\$ 51.891.235 60	\$ 137.424 40	\$ 52.028.660 00

Así que sea posible se comenzará en la Cámara la consideracion de la «ley de las leyes» que por primera vez será tratada en sesiones ordinarias con todo el tiempo necesario para un estudio detenido y concienzudo de cada una de sus partidas.

Este hecho plausible se debe en gran parte al empeño manifestado del Presidente de la República por hacer que se cumpliera el precepto constitucional; pero justo es reconocer tambien su parte de mérito á la Comision de Presupuesto y en particular á su presidente el doctor Francisco J. Figueroa que con una actividad y una dedicacion excepcionales se ha consagrado por completo al estudio de ese asunto desde su presentacion hasta su despacho.—(Sud-América).

El nuevo Banco—El 25 del corriente dará comienzo á sus operaciones el nuevo Banco que bajo el nombre de Compania Nacional de Crédito y Obras Públicas, ha sido fundado por iniciativa del doctor don Emilio Reus, quien ha sido designado presidente del consejo de administracion, de cuyas tareas participarán como vocales los señores Fernando Torres, Mateo Victorica, Luis Podestá y Pedro Costa y Torras y como suplentes los señores Tomás Howard,

BANCO NACIONAL
DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Servicio de la Deuda Española

Desde el 14 del corriente se pagarán los intereses de dicha Deuda, correspondientes al 29. bimestre.

Montevideo, Agosto 10 de 1888.

2089ag.18

El Secretario

SOCIEDAD COOPERATIVA TELEFONICA NACIONAL

Aprobada por el Superior Gobierno por decreto de 5 de Julio de 1888

CAPITAL: \$ 300,000 m.n. ORO

O SEAN 12,000 ACCIONES

DE 25 PESOS CADA UNA

Iniciador:—DON ANIBAL C. MENDEZ

OBJETO DE LA SOCIEDAD

Artículo 1.º Se constituye una Sociedad Anónima bajo la denominación de «Sociedad Cooperativa Telefónica Nacional», cuyos propósitos y objetos son los siguientes:

Inciso 1.º Establecer líneas telefónicas en la Capital y demás puntos que se considere convenientes.

2.º Dotar de aparatos telefónicos con preferencia, las casas de los socios que lo soliciten.

3.º Prestar igualmente este servicio al público cuando esté en condiciones de hacerlo.

4.º Hacer arreglos o convenios de todo género con cualquier persona, personas o sociedades, por amalgamar sus intereses con los de esta asociación o adquirir sus derechos.

5.º Para llenar cualquiera de los objetos y propósitos enunciados en los incisos anteriores, puede comprar, retener o disponer de toda clase de materiales, bienes, sean muebles o inmuebles, artículos o títulos de crédito, pudiendo llenar estos fines por medio de acciones, de dinero o efectivo o crédito, según mejor convenga a sus intereses.

Art. 6.º La primera emisión será de nueve mil acciones y las subsiguientes hasta completar el capital se harán a medida que las necesidades de la sociedad lo requieran a juicio del Directorio.

Art. 7.º Las acciones se pagarán, cincuenta por ciento al solicitarlas y el resto en la forma y tiempo que el Directorio lo solicite, según las necesidades de la Empresa; salvo que el accionista abonará la totalidad a mayores cuotas que las fijadas por el Directorio, en cuyos casos se cortarían los dividendos desde la fecha del pago.

Art. 9.º La Sociedad quedará definitivamente constituida una vez suscrita la primera serie y empezará sus operaciones cuando tenga en caja cincuenta mil pesos moneda nacional o sellado.

Art. 17. Puede ser miembro de la Sociedad cualquier persona sin distinción de sexo y todos tendrán las mismas obligaciones y derechos.

Art. 18. Cada accionista tendrá derecho al uso de un aparato telefónico por cada acción que represente, con una rebaja de un tanto por ciento que el directorio fije sobre el precio general del servicio. Este derecho es personal y no puede en ningún caso transferirse a tercero.

DIRECTORIO

Presidente	Dr. D. José T. Piaggio
Vice-Presidente	Manuel E. Rovira
Tesorero	Manuel Gorlero
Secretario	Enrique P. Torres
Vocal	Juan L. Lacaze
	Juan A. Mendez
	Roman Artigalá

Por resolución del Directorio y de acuerdo con el art. 6.º de los Estatutos, se hace saber al público que desde esta fecha, queda abierto el Registro de inscripción de Acciones, 1.ª Serie de 9.000 que emite esta Sociedad.

El término para la inscripción vence el 31 de Agosto.

Local provisorio, Ciudadela número 107.

Hora de oficina, de 10 a 4 p. m.

Montevideo, Julio 26 de 1888.

1934 ag. 26.

El Secretario.



SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

DE LA

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Autorizada por el P. E. é inscrita en el Registro de Comercio

CAPITAL [AUTORIZADO Y SUSCRITO

\$ 7.500,000 oro

[MONTEVIDEO—ZABALA, 133]

OPERACIONES

Toma letras de cambio por cualquier cantidad a la vista y plazos, sobre las plazas de la República Argentina, Brasil, Portugal, España, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Gira letras sobre las mismas plazas. Expide órdenes telegráficas sobre ellas. Da cartas de crédito, para la introducción de mercaderías.

Anticipa fondos sobre conocimientos de efectos embarcados o póliza de seguro endosada. Recibe depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Hace anticipos y préstamos sobre acciones y títulos y sobre coupons o renta de valores depositados. Descuenta letras, vales y pagarés a interés convencional.

Recibe depósitos de dinero, destinados a invertirse en efectos públicos, nacionales o extranjeros, bienes muebles e inmuebles, con participación de beneficios y con la facultad de liquidarse, con previo aviso de ocho días. Hace préstamos a los agricultores.

Industriales. sobre inmuebles y con pacto de antecipo, construcciones.

Compra y vende campos, terrenos y toda clase de propiedades rurales y urbanas. Forma, tanto por cuenta propia como agente, agencias agrícolas, colonias en terrenos adecuados al efecto.

Patrocina toda clase de empresas que se le sometan y mecen a la aprobación del Consejo de Gobierno, realizándolas a ofreciéndolas al público en comisión o de cuenta propia. Montevideo, Mayo 9 de 1888.

El Director General.

Horas de oficina: de 10 a. m. a 3 p. m.

Consultorio Odontológico

ANGEL GUERRA

CIRUJANO-DENTISTA

Arcey, 114—Esquina [Colonia

MONTEVIDEO

Tratamiento de las enfermedades de los dientes, etc., etc. 49 perra.

Piezas para alquilar Se alquilan tres como para estudio de abogado ó escritorios con balcones a la calle, Cámaras 53; en la misma casa dadas razón. 2078.b.

Federico Prince

DENTISTA NORTE -- AMERICANO

Tiene el gusto de avisar al público y especialmente a sus relaciones, que hallándose restablecido, ofrece sus servicios profesionales en todo lo concerniente al arte dental.

Cámaras, esquina Buenos Aires 47.2 ed.

Doctor Velasco Médico Cirujano— calle Daiman, 160 (entre San José y 18) — Consultas de 1 a 2 p. m.—(Para los pobres gratis.) 812.b.

Doctor De León Se dedica especialmente al tratamiento de las enfermedades internas y de los niños.—Consultas de 1 a 3 p. m. y para enfermedad de la garganta y venéreo sifilíticas, de 1 a 2 d. m.—Florida, 64, entre Uruguay y Paysandú. 785-p.m.b

Agosto 10

FOLLETIN

3

J. F. SAENZ DE URRACA

¡FATALIDAD!

—¡Pobre hermano! murmuró Clemente, ¡cuál le ciega el interés! ¡Ah! si yo no tuviese hijos, le cedería la mitad de cuanto poseo, y aun más si él quería, por grangearme su cariño. ¡Pero si tal hiciese hoy, mis hijos pudieran pedirme estrecha cuenta de lo que con él tiempo ha de ser su patrimonio, y esta alternativa cruel me hace sufrir de un modo inexplicable!

Aquellos dos seres virtuosos no tenían una palabra iracunda para quien tanto les hacía padecer: lejos de eso le compadecían, cuando ellos mismos eran tan dignos de compasión. ¡Noble y grandioso ejemplo de generosidad y abnegación!

—María, repuso el joven, esta vez no puedo estar a tu lado sino dos días, pues prolongar mi permanencia aquí sería comprometerlos.

—¡Oh! ¡cuán pronto hemos de separarnos, amado mío! ¡Con cuánta dicha disfrutaré algún día los momentos que pueda pasar tranquila al lado tuyo!

—En la noche de pasado mañana saldré de aquí para regresar a Sigüenza.

—¿Por la noche? ¿qué exponerte a recorrer un camino tan peligroso a esa hora?

—Angel mío, me conviene salir de aquí sin ser visto, y llegar en el mismo día a la ciudad. Por lo demás, nada temas. Para los peligros materiales del terreno, mi valiente Castaño tiene segura planta y buen instinto, y para cualquier otro que pudiese ocurrir, voy bien armado.

El hombre que estaba escuchando en la ven-

tana, y en quien nuestros lectores habrán conocido al pastor, no quiso escuchar más. Apartóse de la casa con la misma cautela, murmurando:

—¡La noche en que salgas de esta casa será eterna para ti, Clemente... Y tú, María, antes que arrojes de tu vientre ese engendro del infierno, morirás deshonrada y desesperada, al ver que tu desdichado amante ha sabido vengarse de ti y de su rival ocioso... ¡Ah! Don Ramon, quedará usted bien servido y complacido, pero no será menor la satisfacción y la dicha de este oscuro y despreciado pastor a quien todos han creído poder humillar...

Y se perdió cual fantástica y siniestra sombra en el vecino monte, agitando en su cerebro su proyecto de crimen y venganza.

Y el trueno continuaba dando atreidores estampidos, el relámpago desgarrando las nubes a breves intervalos, el huracán bramando con furia, y la lluvia cayendo con estrépito...

III

Llegó, por fin, la noche designada por Clemente para emprender su viaje de regreso a la ciudad.

Larga y triste había sido la despedida de los esposos.

María, ciñendo sus amorosos brazos en torno del cuello de su marido, le tuvo largo tiempo estrechado en ellos, ocultando sobre su pecho el lloroso rostro. Al fin, por un violento esfuerzo de energía y resignación, se arrancó de su lado y fué a postrarse de inojos ante una imagen de la Virgen, orando fervorosamente para implorar protección y pedirle que librara a su esposo de los peligros que pudieran sobrevenirle.

Clemente examinó el codo de sus armas antes de colocarlas en las pistoleras de modo que pudiera sacarlas con facilidad; en seguida aseguró la silla, y montando a caballo se alejó presuroso de aquel sitio temiendo que, si permanecía un momento más, le faltase la fuerza de voluntad necesaria para separarse de la mujer a quien tanto amaba.

El honrado labriego había querido acompañarla, siquiera hasta el fin del peligroso sendero del río, pero el joven lo rehusó obstinadamente: la fatalidad le arrastraba, a pesar suyo, a huir de lo que hubiera sido su único medio de salvación.

Y sin embargo, Clemente tan animoso y audaz en cuantos peligros manifestos se le habían presentado en las diferentes épocas de su vida, sentía oprimido su corazón en aquel momento por un terror vago que no acertaba a definir. Tachábase él mismo interiormente de puerilidad y de niñería, procuraba desterrarle de su mente, le atribuía al sentimiento de separarse de una mujer joven, bella, amada, cual ninguna, y que le pertenecía legítima y legalmente ante Dios y ante los hombres, y a pesar de esto, aquel temor confuso, indefinible, se apoderaba de nuevo con desusada pertinencia de su corazón, cual sucede a esos seres supersticiosos que, al entrar de noche en la mansión de los muertos, se sienten sobrecogidos de espanto, sin acertar a explicar ellos mismo qué es lo que temen.

La noche estaba serena y apacible.

La luna mostraba su pálida y dulce faz en un cielo azul y hermoso, espléndidamente tachonado de estrellas. Un vientecillo tibio, y leve agitaba suavemente las hojas de los árboles produciendo un murmullo grato y continuado.

Allá en lontananza se oían los dulcísímos trinos del ruiseñor, que llenaban el alma de melancólico placer. Mas cerca, y en distintos puntos a la vez, resonaba el canto estridente y monótono de centenares de grillos.

Al desembocar Clemente al sendero de la orilla del río y oír el imponente ruido producido por el curso de sus aguas, crecía la ansiedad de su alma sin que acertase a explicarse la causa, y fué tan marcado este sentimiento que detuvo su caballo y estuvo próximo a volver riendas y aplazar su viaje. Pero se avergonzó de lo que calificaba mentalmente de cobardía, y asegurándose en los estribos clavó las espuelas a su valiente Castaño que arrancó de nuevo a buen paso.

¡Cuántas veces el hombre, en situaciones azarosas de su vida, desoye esa voz interna y misteriosa del corazón que llamamos presentimiento, y se lanza ciegamente a su perdición! Sobreponiendo una falsa vergüenza, un orgullo mal entendido, a esos impulsos del alma que rara vez son engañosos, los desoye por completo y corre desatentado al encuentro de la desgracia y aun de la muerte.

El camino que seguía Clemente tenía frecuentes variaciones y recorría una distancia de mas de dos leguas sin apartarse lo mas mínimo del río, encerrado, por decirlo así, entre las aguas de este y elevadísimas peñas. Al llegar a la mitad de aquella distancia, es decir, al término de la primera legua, revolviase bruscamente a la izquierda y quedaba sepultado en profunda oscuridad, pues estrechándose allí considerablemente las dos orillas en una garganta angosta y profunda, la luna no llegaba a iluminar siquiera con sus rayos las aguas del Tajo, tumultuosas y profundas en aquel sitio. Rugía colérico cual si le doliese verse encerrado breve espacio en tan estrecha cárcel.

Clemente, al acercarse a aquel paraje, afectando para consigo mismo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, encendió un cigarro habano y comenzó a lanzar al viento bocanadas de humo. Y decimos que aparentaba para consigo mismo aquella indiferencia, porque en el terreno que a la sazón recorría: de suyo habitualmente desierto, no era posible sospechar a aquella hora la existencia de ser alguno racional.

Si hubiese sido dable penetrar con la vista las tinieblas que rodeaban a los objetos a cierta distancia, hubiérase percibido allá sobre una roca situada como a tres ó cuatro pies por el

ma del camino, dos bultos negros que de vez en cuando hacían algun leve movimiento; pero habríase creído desde luego que eran dos reptiles inmundos. Sin embargo, al oír las pisadas del caballo y al divisarse la lumbré del cigarro de Clemente uno de los bultos se movió impaciente, ansioso, y el otro dejó oír un ronco y leve gruñido.

Entre tanto Clemente detuvo su montura, sacó las pistolas y se las colgó de un cinto de cuero que sostenía una canana de cortas dimensiones, y echando pie a tierra comenzó a andar detrás del caballo, según lo había practicado pocos días antes al pasar por el mismo sitio.

Parecía que en aquel momento reinaba una calma que nunca en la naturaleza. A excepción del ruido de las aguas del Tajo, y del lastimero canto de un ave nocturna posada allá arriba a gran distancia, en la cumbre de algun elevado é ignorado pico, nada venia a alterar la tranquilidad imponente y sombría de aquellos sitios.

Al encontrarse el hombre pensador en tal aislamiento y soledad, elevábase instintivamente su alma al Criador, y desprendiéndose de toda idea terrenal, sublimándose por decirlo así, vaga por desconocidas regiones en una meditación indefinible.

Abstraído de cuanto le rodea, obrando muchas veces maquinalmente si está el cuerpo en movimiento, necesita el hombre que un suceso imprevisto que hiera bruscamente su imaginación, le impresione con fuerza para sacarle de aquella especie de delicioso letargo.

Clemente pareció despertar sobresaltado al oír un golpe junto a sí y sentirse vigorosamente sujeto por ambos brazos de tal modo que parecían haberle clavado en el sitio sin dejarle movimiento alguno.

Sentía bañado su rostro por un alito sofocante, percibía confusamente ante sí una masa oscura que se había interpuesto entre él y su caballo, y oía una respiración anhelosa, bronca, intermitente de emoción ó de cólera.

Pasado el primer momento de estupor, creyó habérselas con un facineroso, y casi le tardaba oír las sacramentales palabras de «la bolsa ó la vida», «que son propias de los bandidos de todos los países. Pero aquel silencio, aquella inmovilidad que le imponían y que guardaba también el que le sujetaba, le pesaba sobre el corazón como una montaña de plomo. Hizo entonces un esfuerzo desesperado procurando desasirse, pero el hombre en cuyo poder se hallaba tenía unas fuerzas hercúleas, y no logró siquiera conmoverle.

Y continuaba la respiración bronca y anhelosa, y la inmovilidad, voluntaria por una parte, impuesta por otra; y continuaban el sordo murmurar de las aguas del Tajo y el lejano canto del buho; y las estrellas relaban en el despejado firmamento; y sin embargo, aquella serena apacible calma de la naturaleza, en un paisaje de magnífica y salvaje belleza, iba a alterarse muy pronto por una escena de horror y de sangre.

—¿Quién quiera que seas, dijo por fin Clemente con voz ahogada, ¿qué exiges de mí?

Y fijaba ansioso la vista en el hombre que tenía delante, pues a fuerza de mirar y acostumbrados sus ojos a la oscuridad que allí reinaba, había llegado a distinguir que su enemigo era un hombre alto y corpulento, cubierto con extraño traje.

Y el pastor, que no era otro quien así se había arrojado de improviso sobre él, no pronunciaba una sola palabra, y se gozaba con cruel alegría en la ansiedad de Clemente.

—Contesta, hombre ó demonio, ¿qué me quieres? gritó el joven fuera de sí.

—¿Qué quiero? dijo por fin el pastor, ¡tu vida!

—¡Ah! exclamó gozoso el joven, pues presentía la lucha y prefería una situación franca, por terrible que fuese, a aquella incertidumbre que le aterraba; ¿quieres mi vida? ¿olvidas que sabré defenderla?

—No puedes.

—Te engañas, gritó Clemente, y con un esfuerzo desesperado logró desasirse una de sus manos, pero el pastor le enlazó por la cintura con el brazo que le quedaba libre y le sujetó contra la peña. Clemente dejó entonces de resistirse, no porque perdiese la esperanza de sacar alguna ventaja en la lucha, ni porque decayese su valor en lo mas mínimo, sino porque comenzaba a recobrar su sangre fría, y quería serenarse y cobrar nuevo vigor para procurar vencer a aquel enemigo aun desconocido.

—¿Quién eres? ¿qué daño te he hecho? dijo con voz que procuró suavizar.

—¿No me conoces, Clemente? ¡Es verdad! estamos a oscuras; y además el miedo te ofusca la vista.

—¿Miedo? te engañas: nunca le conocí.

—¿No tienes miedo cuando sabes que voy a matarte? ¿qué aquí no habrá salvación para tu cuerpo ni para tu alma, porque morirás inconsciente y desesperado? gritó el pastor ciego de cólera.

—Eres jactancioso y alucinado en demasía: aun no sabes si serás tú quien reciba la muerte y en cuanto a la salvación de mi alma, has dicho una herejía: ¡Dios, infinito, inagotable tesoro de bondad y de ternura, recibe en su seno al que, próximo a morir sin recurso alguno para solicitar la absolución de los ministros del Señor, se arrepiente sincera y previamente de sus pecados, implorando el perdón del Rey de los reyes!

—Resáchame, Clemente (y el joven hizo un movimiento de sorpresa al oírse llamar segunda vez por su nombre por aquel desconocido), escúchame y desaparecerá tu arrogancia. Soy Valentiano, el pastor del monte; el hombre apacible a quien despreció María para arrojarse en tus brazos, a los cuales le arrastraba, no su amor hacia ti, sino la codicia de poseer el oro que tú podías ofrecerle...